
Bibi, ¿qué hiciste?*

Nurit Peled

Mi hija, Smadar, de 14 años, fue asesinada ayer, en la flor de la edad, en el atentado de la calle peatonal Ben Yehuda de Jerusalén, el 4 de septiembre a las 15 horas. Ella había salido con su amiga Sivane, para comprar un libro. Yo le sugerí evitar el centro de la ciudad para no correr el riesgo de un atentado. Ella me respondió, y ésas fueron las últimas palabras que le escuché: "No te preocupes, mamá, no pasará nada". Un silencio, y unos segundos más tarde. "¿Qué suerte tener padres como tú! El padre de mi amiga Lulú no le permite en absoluto la libertad de pasear por el centro. La pobre. Ustedes, ustedes son estupendos. De lo contrario, yo me enojaría". Smadar no está más aquí, ni su amiga Sivane. Lulú viene frecuentemente a nuestra casa y llora sin parar.

Unas horas después del atentado vi a mi hija en la morgue. Un lado de su cara estaba completamente quemado. Del otro lado vi su boca abierta en extremo, congelada como en un grito atroz, insoportable, estremecedor. Voy a recordar esa imagen mientras viva. Smadar, estandarte de nuestra familia, nuestra alegría permanente, no se encuentra más entre nosotros.

Antes, en varias ocasiones me han planteado una pregunta como desafío, a mí, la hija de Matti Peled, el combatiente por la paz, que pasó por alto fronteras y tabúes para contribuir a una reconciliación histórica entre los pueblos palestino e israelí. "¿Qué diría usted si su hija o su hijo fueran asesinados en una operación terrorista palestina?" Yo tenía la costumbre de replicar: "Seguiría afirmando que la desastrosa política que somete a los palestinos a la desesperación es la fuente de esta catástrofe. Una infelicidad así, si hubiera de caer sobre mí, me reforzaría en

* Tomado de *Masiosare*, suplemento de *La Jornada*. Apareció originalmente en *Le Monde Diplomatique*, octubre de 1997.

mi convicción de que sólo la coexistencia entre los dos pueblos pondrá fin al ciclo de violencia y muerte de inocentes".

Y ahora, la más monstruosa de todas las monstruosidades que es posible imaginar ha golpeado nuestra casa. Entonces, yo repito hoy lo que dije, y con mayor determinación aún, ahora que de mis ojos brotan lágrimas y que el rostro mutilado de Smadar, nuestra pequeña princesa, está siempre frente a mí. Y añadido: es la política del primer ministro, *Bibi* Netanyahu, que trajo la infelicidad a nuestra familia.

Bibi era para mí un camarada de escuela y un amigo de la juventud. Durante años conservamos lazos de amistad, incluso después de que partió a Estados Unidos con sus padres. Cuando él llamó, la noche del día fatal, para presentarme sus condolencias, yo le dije: "Bibi, ¿qué hiciste?". Él intentó defenderse, inútilmente. Porque yo considero a su gobierno culpable, indirectamente, de la muerte de mi hija y de todos aquellos que han perdido la vida en circunstancias similares. Su política es una provocación permanente contra el pueblo palestino. Ha empujado a los kamikazes a cometer esos odiosos actos terroristas que han costado la vida a inocentes como mi hija Smadar.

Razón de más para encontrar indignante la reacción, luego de cada operación suicida palestina, de aquellos que, entre nosotros, han contribuido con su comportamiento a esos atentados. Ellos dicen: "Vean ustedes, ellos [los palestinos] no son sino una banda de asesinos. No es posible tenerles confianza. La paz entre ellos es sólo un espejismo".

"Los acuerdos de Oslo -añaden- son sólo un problema del que hay que deshacerse." Esa es su lógica.

Durante la conversación conmigo, *Bibi* se extendió sobre la "bestialidad" de esos terroristas. Si supiera analizar los acontecimientos, en vez de repetir como un loro la palabra "terror", mediría el gran papel que juega su política en estos dramas donde perecen adolescentes como Smadar y Sivane... Pero él es en tal forma prisionero de sus propios eslogans que no llega a comprender su responsabilidad en ese engranaje trágico. Peor aún: la acción del gobierno no sólo ha incitado a los extremistas a cometer esos atentados contra civiles, sino que no protege a los ciudadanos contra ellos. El que juega con fuego debería asegurar primero la seguridad de sus compatriotas. Me siento completamente traicionada por este gobierno.

Desde hace 30 años, Israel ha conducido una política desastrosa para nosotros y para nuestros vecinos. "Nosotros" hemos ocupado vas

tos territorios, humillado y expoliado a hombres y mujeres, destruido casas y culturas. Y, por la fuerza de las cosas, llegó la réplica. No se puede matar, hambrear, "acordonar" en sus reservaciones y humillar a todo un pueblo sin que un día estalle. Es la lección de la historia. Pero *Bibi* no tiene la menor noción de historia.

Para mí, en todo caso, no existe diferencia entre el terrorista que mató a mi hija y el soldado israelí que, en pleno acordonamiento de territorios, no permitió que una palestina embarazada cruzara una barrera para llegar a un hospital, de tal forma que ella terminó perdiendo a su bebé. Estoy persuadida de que si los palestinos nos hubieran tratado como los tratamos "nosotros", "nosotros" habríamos sembrado en ellos un terror 100 veces mayor. Olvidamos que cada familia palestina, o casi, ha sacrificado a uno de los suyos (muerto o herido) en el curso del medio siglo de conflicto que enfrenta a los dos pueblos.

¿Cómo debería reaccionar un palestino cuya casa ha sido dinamitada por las fuerzas de ocupación? Se han destruido miles de casas arbitrariamente durante 30 años en los territorios ocupados, sin hablar de los poblados desaparecidos después de la guerra de 1967. ¿Y qué debería hacer un agricultor cuyos olivares han sido arrancados para hacer lugar a una colonia judía? Algunos de esos olivos arrancados han sido llevados a Jerusalén (¿qué vergüenza!) y plantados en un terreno que lleva el nombre de Martin Luther King...

¿Quién sabe? ¿Tal vez los kamikazes que mataron a mi hija pensaban en su joven hermana, cuya casa está vacía y tiene hambre por el bloqueo? "Mi" gobierno es responsable de la desesperación que los ha llevado a ese acto terrible, injustificable.

Una semana antes del drama, mi madre me había preguntado por qué nosotros, yo y mis amigas, madres de soldados, guardábamos silencio ante la muerte casi cotidiana de soldados israelíes en Líbano. "Se dispara contra sus hijos como a gorriones, y ustedes se callan. Como si eso no les concerniera. ¡Caminen por la calle, y hagan temblar al mundo para que detenga esa matanza!", había dicho ella. Algunos días antes de la muerte de Smadar, yo había decidido, con unas amigas, adherirme al movimiento de protesta de las madres de soldados, contra esa locura nacionalista que sacrifica a nuestros hijos por nada.

Dos de mis hijos fueron movilizados, uno tiene 21 años y el otro 18; el tercero tiene sólo cinco años. Como toda madre en Israel, yo tiemblo desde que el ejército los enroló. Siempre he pensado con pavor que

ellos podrían caer (por nada) en el sur de Líbano o en los territorios ocupados. Pero incluso en lo peor de mis pesadillas no había pensado que esa suerte atroz, aterrizante y sórdida estaba reservada para Smadar, esa adolescente que apenas comenzaba a florecer y tenía toda la vida frente a ella.

Poco antes de su muerte, ella se me acercó y, muy humildemente, me dijo: "Mamá ya soy grande, pero aún no tengo un amigo. Sin embargo, hay un muchacho que me gusta. Supe que nadaba en la piscina de la universidad. Ven conmigo allá, si estás de acuerdo". Allá fuimos, y Smadar me mostró qué bien nadaba. Luego (¡qué felicidad!) ella conversó con el primer elegido de su corazón. Le dijo de su decisión de adherirse al movimiento de la juventud La Paz Ahora. Una semana más tarde, ese joven hombre vino a nuestra casa con sus camaradas de clase. Lloró largamente.

A Smadar no le gustaba la polémica, pero no podía dejar de reaccionar contra una injusticia. Así se oponía a una de sus educadoras en el liceo, que tenía sentimientos racistas contra los árabes. Ella hablaba siempre con calma y determinación, como su abuelo. Quería conocer realmente al pueblo vecino y, desde hacía dos años, aprendía árabe: estaba orgullosa de sus excelentes notas; nosotros también.

En la casa era frecuente discutir sobre la situación política y el proceso de paz. Smadar participaba. El diálogo es una llave para la política y la reconciliación. Pero no el diálogo como *Bibi* lo entiende: su diálogo con las fuerzas del mal no es sino una provocación a las réplicas sanguinarias, las cuales sirven a nuestros extremistas en el poder. Además, los desesperados que Bibi induce a actuar no son emisarios de Yasser Arafat, sino sus adversarios.

A decir verdad, el actual gobierno israelí no ha cesado de provocar a los palestinos: violó los acuerdos de Oslo, abrió el túnel de la antigua ciudad de Jerusalén, del que nadie tenía necesidad, pero que Bibi llamaba el "peñón de nuestra existencia": resultado, un centenar de muertos; lanzó la construcción de la colonia de Har Homa, en la parte oriental de Jerusalén, y ahora pone en marcha una pequeña implantación salvaje en Ras El Amoud, en medio de la población árabe de Jerusalén este. Es la razón por la cual tantos inocentes mueren en atentados sin sentido. Vidas jóvenes, así marcadas brutalmente, en una tumba cubierta de flores, sobre la cual los cercanos y los amigos vienen a llorar. La política de gobierno excita a los terroristas. Estos últimos son como microbios o

mosquitos. ¿Por qué debería yo indignarme contra ellos? No tiene ningún sentido enojarse contra un microbio o un mosquito. Más bien es necesario enfocar a aquel que debería haberlo vacunado a uno contra el microbio o secar el pantano donde viven los mosquitos. Esa es la verdad.

Son nuestros actos los que engendran el terrorismo. Además, *Bibi* tiene la mentalidad de un terrorista. Todo su pensamiento se concentra en la confrontación. Para él la paz es un espejismo, una trampa. No tiene sino la palabra "terrorismo" en la boca. La utiliza en cada conversación, en cada discurso, a través de cada conferencia de prensa. Para él, el terrorismo está dondequiera. Pero no comprende nada de la naturaleza del fenómeno. Hoy, él tiene la certeza de ser más fuerte que su adversario palestino, y ve a un enemigo al que se prepara a aplastar. ¿De dónde esa política "catastrófica", como muy bien la ha calificado el ministro francés de Relaciones Exteriores, Hubert Védrine? Pues ésta arriesga, ¡qué pena!, llevar a la destrucción de nuestro país en el futuro...

Nosotros, que lo hemos conocido personalmente, sabemos que *Bibi* es un extremista entre los extremistas. Es un hombre del pasado. Cuando escucha las palabras "paz" y "reconciliación" entre los árabes, saca su revólver. Él acusaba a mi padre, partidario de la paz con los palestinos, de ser un agente de la OLP. A veces añadía, de la KGB. De hecho, *Bibi* es incapaz de comprender cómo puede ser guiado un hombre por los ideales de paz, y por lo tanto del compromiso.

Hasta su muerte, hace dos años, mi padre mostraba por Smadar un amor sin límite. Poco antes de su desaparición, muy enfermo, él expresaba a la familia reunida: "Smadar, tú eres nuestra alegría, nuestro espíritu. ¡Qué felicidad tenerte entre nosotros!". Si él hubiese estado vivo cuando el anuncio de la muerte de su nieta, habría levantado un grito de indignación para estremecer al mundo. Sus advertencias contra esta política nacionalista que niega todos los derechos de los otros pueblos se han revelado justas. Si se le hubiera escuchado, Smadar estaría siempre entre nosotros, los vivos, y no tras él, en el cementerio...

Sobre uno de los muros de nuestro pequeño salón preside un cartel que mi marido, Rami, diseñador de profesión, había preparado para las elecciones legislativas de 1988. Ahí se ve la foto de una hermosa nena de tres años, con ojos de reclamo; nuestra Smadar. El texto dice: "Smadar merece tener más de lo que el Likud puede dar". Luego: "La dominación de territorios árabes es peligrosa para la seguridad de nuestros hijos". En aquella época este cartel fue publicado en un buen espa

cio de los periódicos. Casi 10 años después, la foto de Smadar, ya adolescente, reapareció en los diarios, esta vez ornada con un cuadro negro. Mi hija merecía una vida apacible, pero el Likud está en los asuntos...

 Mi corazón sangra. Para detener este ciclo abominable de provocaciones, de odio, de sangre y de destrucciones es necesario poner un alto a ese peligroso e irresponsable poder que juega con nuestra vida, con la suerte de nuestros hijos, con el futuro de nuestro país. Si no se para esa locura, las llamas de la guerra consumirán todo.

Traducción **Rúben Moheno**